« *país en la capital de Méjico, y en el palacio*
« *de su Gobierno.*

«. . . . . Cuando sea bien conocido el muy
« reducido cuerpo de tropas que ha acabado
« tan brillantes hazañas, se llenarán de asom-
« bro el mundo, y de admiracion y júbilo
« nuestros conciudadanos !

« . . . . . Esta espléndida capital, sus tem-
« plos y su culto religioso, sus conventos, sus
« habitantes y propiedades, quedan desde hoy
« bajo la especial proteccion de la buena fe y
« honor del ejército americano... !

« WINFIELD SCOTT. »

Añadíamos por último en el mismo escrito :

« Al paso que vamos, podria no estar muy
« remoto el dia en que cansadas las otras na-
« ciones del escándalo que presentamos y de
« nuestra incapacidad para remediarlo, inte-
« resadas ellas en la causa de la humanidad y
« la civilizacion, tomasen á su cargo corregirlo
« por sí mismas, interviniendo en nuestros
« negocios.

« Y ¿cuánto mas decoroso y patriótico no
« seria, que en el caso de decidirse la nacion
« por una monarquía, fuera de nuestra elec-

« cion el soberano, y no escogido por las po-
« tencias extranjeras, como ha sucedido en
« nuestros dias con los Griegos, y que en lu-
« gar de ser otorgada por aquellas mismas
« potencias la ley fundamentalque deba re-
« girnos, sea mas bien obra propia nuestra,
« encaminada á labrar nuestra felicidad, y á
« servir de verdadero vínculo de union entre
« el Pueblo y el Monarca ? »

Y esta vez todo anuncia que por la fuerza misma de las cosas, la segunda prediccion saldrá tan cierta como la primera.

III.

Bien notorio ha sido para todo observador imparcial el estado de anarquía, de decadencia y de completa disolucion de Méjico.

Poco despues de publicado mi escrito, me dirigió el Ministro del Rey de los Franceses la siguiente carta que me fué de gran consuelo, cuando desde el lugar donde me habia refu-

giado se oian los gritos de una turba asalariada, que pedia en la calle mi cabeza :

« Méjico, 28 de Octubre 1840.

« Mi apreciable amigo : acabo de terminar « la lectura del impreso de Vd ; con él se ha acre- « ditado Vd de hombre honrado y buen ciuda- « dano. Los mismos que le censuran hoy le « ensalzarán cuando llegue el caso. ¿ Qué im- « portan á Vd los clamores de esos energúme- « nos, que las discordias civiles hacen elevarse « por un momento para sepultarse de nuevo « en la oscuridad ? Sus mismos gritos de « rabia confirman las observaciones de Vd y « acelerarán el triunfo de sus opiniones.

« El cuadro que Vd presenta de la situacion « del país es demasiado fiel por desgracia : « patentes están las falacias y los errores que « Vd señala, y en cuanto á la decadencia que « deplora, como inevitable, como inminente, « solo una necia vanidad podria disimular su « peligro.

« El remedio que Vd propone es el único que « podrá salvar el Estado. Vd habrá sido pro- « feta, y hágase y dígase lo que se quiera, la « fuerza misma de los hechos traerá consigo el

« resultado que Vd indica. Es indudable que « la Providencia, que vela sobre los destinos « de las naciones, es quien ha inspirado á Vd la « publicacion de este escrito, y esa misma « Providencia hará prevalecer las máximas de « Vd, é impedirá que este hermoso país se « acabe de suicidar.

« Persiguen á Vd, ¿ y por qué ? Vd no ha pro- « vocado la guerra civil ; todo lo contrario. Vd « no ha invocado en modo alguno la fuerza « brutal para trastornar la República. Vd ha « dicho : *Ved aquí el mal, tened valor bastante « para contemplarlo ; ahí están los médicos, « apresuraos á llamarlos : tal es mi opinion « personal : gustoso la someto á los que están encargados de aplicar á ese mal el remedio « conveniente.*

« Nada de esto es un crímen ; se necesita « toda la ceguedad de las pasiones, se necesita « la rabia de las ambiciones amenazadas en su « objeto y en sus miras favoritas ; se necesita « mucho orgullo insensato para suscitar contra « Vd esta infame persecucion con el fin de sa- « crificarle, lo cual indigna á todo corazon « leal y generoso.

« Pero serán vanos los esfuerzos de estos

« hombres que yo no quiero calificar; lo re-
« pito, la Providencia es mas fuerte que ellos,
« y acaso habrá hecho penetrar en los ánimos
« la evidencia de la debilidad de cuanto ahora
« existe; ella sabrá obrar segun sus designios
« á fin de que esta conviccion moral produzca
« la reforma de las cosas.

« Apreciable y excelente amigo, yo que ya
« queria á Vd. ántes de publicar su escrito, le
« quiero doblemente despues de haberlo leido.

« Es todo de Vd. y le quiere de todo corazon

« El Baron Alleye de Ciprey. »

El Ministro de Inglaterra, Sir Richard Pakenham, me escribió igualmente el 11 de Diciembre de 1841, de aquella capital: « Nada
« diré á Vd. de las cosas tan extrañas que aquí
« pasan, sino es que todo viene á confirmar là
« exactitud de los juicios y opiniones expresa-
« das por Vd. en su reciente opúsculo. »

En 1844, M. de Mofras, agregado á la legacion de Francia en el mismo país, publicó, á su regreso de América, de órden de su gobierno, una obra en que pinta el deplorable estado de Méjico, y propone como su único remedio el restablecimiento de la monarquía.

En Europa, los órganos mas conocidos de la opinion pública consideraban bajo el mismo punto de vista nuestra situacion.

El 12 de Setiembre de 1842, un escritor distinguido, actual miembro del Senado, decia en el *Diario de los Debates :*

« Y despues de tan triste exposicion, el Señor
« Gutierrez de Estrada repetia las palabras cé-
« lebres del héroe del levantamiento de las
« antiguas colonias españolas : « *Hemos com-*
« *prado nuestra independencia,* dijo Bolívar
« con gran amargura, *á costa de todos los de-*
« *mas bienes políticos y sociales,* » presentando
« por último á sus conciudadanos dos perspec-
« tivas, una terriblemente humillante para el
« honor mejicano, la otra fatal, aun para la
« misma existencia nacional : ó la Europa, can-
« sada de asistir al vergonzoso espectáculo de
« un país destinado á ser fuerte y glorioso, y
« que no sabe hacer otra cosa sino dar testimo-
« nios de su incapacidad y degradacion moral,
« intervendrá en nombre de la humanidad y la
« civilizacion, arreglando el porvenir de Méjico
« por su propia autoridad, y sin consultarle; ó
« bien, esas mismas potencias europeas no que-
« riendo tomarse tal cuidado, ó no pudiendo

TIMBRE IMPERIAL. SELLO 5. cen

« entenderse entre sí para ello, se abstendrán,
« y en ese caso los aventureros del Norte, que
« ya se han apoderado de Téjas, pasando el rio
« Bravo, no tardarán en hacer lo mismo, im-
« poniendo la ley, una por una, y una despues
« de otra, á todas las provincias mejicanas. La
« independencia de Méjico concluirá así, y el
« estandarte estrellado de la Union Americana
« ondeará en el palacio nacional, trasformán-
« dose la incomparable catedral de Méjico en
« templo protestante. El Señor Gutierrez de
« Estrada tiene razon; en esa alternativa se
« halla fijada, en efecto, la suerte de Méjico,
« si los Mejicanos no tratan de enmendarse.

« El escrito del Señor Gutierrez de Estrada
« es mas que un simple escrito, es un suceso.
« El autor ha sido proscripto por haber di-
« cho la verdad, pero sus ideas quedan en pié
« y tienen que propagarse.

« Seria prematuro figurarse que Méjico va
« á sacudir al punto el yugo de una minoría
« turbulenta que hace recordar á los mamelu-
« cos de Egipto ántes de la invasion de Bona-
« parte, pero la constitucion mejicana está ya
« juzgada largo tiempo há, por todos los hom-
« bres imparciales y pensadores.

« Méjico está desmintiendo del modo mas
« patente á los que creen que se puede cam-
« biar impunemente la constitucion de un pue-
« blo, y que las formas de gobierno que ha-
« cen próspera y feliz á una nacion, pueden
« sin peligro imponerse á otra totalmente di-
« ferente en sus tradiciones, su educacion re-
« ligiosa y sus costumbres. Hoy se levanta una
« nueva bandera, y el partido del órden ten-
« drá ya un centro de union, cosa que hasta
« ahora le habia faltado. Sentadas están ya é in-
« disolublemente unidas entre sí, las dos bases
« del único sistema que puede asegurar la
« prosperidad y la libertad de Méjico : el altar
« y el trono. La gratitud pública no podrá
« olvidar ni el valor ni los prudentes consejos
« del Señor Gutierrez de Estrada.

« Sus mismos enemigos parecen empeñados
« en favorecer el triunfo de sus ideas; porque
« hay ya motivos para creer que el gobierno
« de Santa Ana será una dictadura militar
« muy poco disfrazada. De esta á la monar-
« quía templada, única que pide el Señor Gu-
« tierrez de Estrada, y única que puede de-
« searse para Méjico, hay una distancia mu-